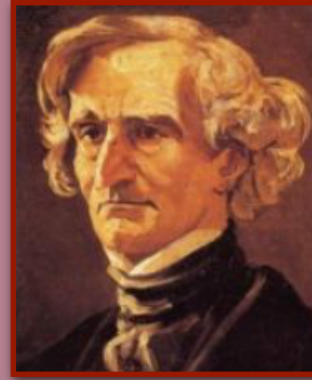




On revient toujours à ses premiers amours (Uno regresa siempre a su primer amor)

HECTOR BERLIOZ
1803-1869



Escucha la Sinfonía
Fantástica →



Hector Berlioz tiene 12 años cuando pasa un verano en casa de su abuelo en los Alpes, en un pueblo llamado Meylan. Allí conoce y se enamora de Estelle de 18 años. Se trata de un amor no correspondido... transcurren 49 años, Berlioz cuenta 61 años y la viuda Estelle 67 y es entonces cuando Berlioz escribe...

Grenoble, 6 de diciembre de 1848

Señora,

...hay pasiones fieles y duraderas que solo se apagan con nosotros mismos... Yo tenía doce años cuando vi por primera vez a la señorita Estelle en Meylan. Usted tuvo que haber notado entonces lo fuerte que se agitaba este corazón infantil que, bajo el peso de los sentimientos más variopintos, amenazaba con estallar, y creo incluso que usted manifestó la muy excusable crueldad de burlarse de ellos en algunas ocasiones. Diecisiete años más tarde (cuando volví a Italia), mis ojos se llenaron de lágrimas—con las frías lágrimas que el recuerdo imprime en nosotros—, cuando a la entrada de nuestro valle reconocí la casa que usted había habitado entonces, en aquella colina denominada Saint-Eynard, algunos días después, ignorando el nuevo nombre que usted ya llevaba, me encomendaron que le entregara una carta. Con tal propósito, esperé a la señora de F. en una estación de la diligencia en la que viajaba; al presentarle la carta, un vuelco de mi corazón hizo temblar mi mano cuando se acercaba a la suya: reconocí... a mi primera pasión... a mi “estrella de los montes”... cuya radiante belleza iluminó la mañana de mi vida. Ayer, admirada señora, después de atravesar prolongadas y violentas emociones, emprendiendo caminatas a lejanos lugares y después de realizar trabajos cuyo eco tal vez haya llegado hasta usted, emprendí una peregrinación largamente anhelada. Quería volver a visitarlo todo y he vuelto a verlo: la casita, el jardín, los árboles, la alta colina, la vieja torre, el bosque que la circunda y el eterno peñasco, el sublime paisaje altamente digno de sus miradas, que en tantas ocasiones lo contemplaron. Nada ha cambiado; el tiempo ha respetado el templo de mis recuerdos. Hoy solo lo habitan desconocidos; sus flores las cultivan manos extrañas. Y nadie en el mundo, ni usted misma, podría adivinar porqué un hombre de aspecto sombrío, de rasgos marcados por dolorosas fatigas, recorría ayer los rincones más íntimos... *¡O cuante lacrime...!*

Adiós, señora, vuelvo a mi torbellino; probablemente no me vea nunca más. Usted ignora quién soy, pero, me perdonará, creo, la extraña libertad que me he tomado al escribirle. También le perdono de antemano que se ría de los recuerdos del hombre, como se río de la pasión del niño.

Despised love